LAS IMPUREZAS DE LA ELECCIÓN RACIONAL Y LOS PROBLEMAS DE UN PISTOLERO A SUELDO

María Dolores París Pombo*

El artículo explica los puntos de partida y los parámetros principales de algunos modelos teóricos de elección racional (TER) utilizados por las ciencias sociales en las tres últimas décadas. En particular, critica el individualismo metodológico, el supuesto de neutralidad de los medios de la acción social para alcanzar fines o valores predeterminados por los actores, y pone en cuestión la idea de «razón» contenida en esos modelos. Confronta las premisas de la elección racional con la teoría weberiana sobre la «racionalidad instrumental» para evaluar la coherencia teórica y las posibilidades heurísticas de las TER.

The impurities of rational choice and the problems of a hitman

The article explains the starting points and the basic parameters of some theoretical models on rational choice, used in the last three decades in the social sciences. Particularly, it criticizes methodological individualism, the assumption of neutrality of social actions media to achieve a goal or a preestablished value, and it questions the idea of «reason» assumed by these models. It also confronts the premises of rational choice with the Weberian theory of «instrumental rationality» to evaluate the theoretical coherence and the heuristic possibilities on the rational choice theory.

Les «impuretés du choix rationnel et les problèmes du tueur à gages

L'article explique les points de départ et les paramètres principaux de quelques modèles théoriques du choix rationnel utilisés en sciences sociales au cours des trois dernières décadas. Il critique en particulier l'individualisme idéologique et l'hypothèse de neutralité de différents moyens possibles d'atteindre des fins ou des valeurs prédéterminées par les acteurs. Il met aussi en question l'idée de «raison» contenue dans ces modèles et confronte les premières du choix rationnel avec la thèse weberienne relative à la «rationalité instrumentale». Ceci pour évaluer la cohérence théorique et la valeur heuristique du choix rationnel.

* Este trabajo forma parte de mi tesis de doctorado en Historia del Arte en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
** Profesora-Investigadora del Departamento de Relaciones Sociales, UAM-X.

Argumentos 30, agosto de 1998
En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en el del caso inextricable Ts'ui Pên, opta—simultáneamente—por todas. Crea, así, diversos porvenires, diversos tiempos, que también proliferan y se bifurcan. De ahí las contradicciones de la novela. Fang, digamos, tiene un secreto; un desconocido llama a su puerta; Fang resuelve matarlo. Naturalmente, hay varios desenlaces posibles: Fang puede matar al intruso, el intruso puede matar a Fang, ambos pueden salvarse, ambos pueden morir, etcétera. En la obra de Ts'ui Pên, todos los desenlaces ocurren; cada uno es el punto de partida de otras bifurcaciones.

Jorge Luis Borges
«El jardín de los senderos que se bifurcan» (1941)
en Ficciones, Obras completas, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974

ovidemos por un momento las estructuras sociales de Althusser y la Fortuna de Maquiavelo (que al fin y al cabo construyen de igual manera nuestro porvenir) y postulemos el «libre albedrío» de los actores sociales. Tenemos entonces ante nosotros a unos cuantos millones de individuos (incluidos en marcos de interacción) que se comportan como átomos lógicos de nuestro propio análisis. Situado cada uno de ellos, o como agregados sociales, frente a un conjunto de alternativas, esos actores van a optar por la que maximizará su interés. Pero en el momento de su decisión, definirán nuevas circunstancias de su entorno y limitarán así sus elecciones a futuro.

La acción de los individuos, y de sus agregados, perseguirá en todos los casos una finalidad específica y se hará de modo consciente, de acuerdo con jerarquías de preferencias consistentes y estables. Esos actores dispondrán siempre de una información completa sobre su entorno, sobre las consecuencias de sus actos y sobre su interacción con los demás.

Los actores que acabamos de describir, más próximos a Schwarzenegger que a Woody Allen, son el punto de partida de un conjunto de modelos teóricos que han florecido, en las últimas décadas en todas las disciplinas de las ciencias sociales, con una pretensión
La racionalidad instrumental
y la teoría económica neoclásica

La teoría económica neoclásica, que tuvo su momento de auge en los
albores de nuestro siglo, constituye un modelo lógico, matemático y
téorico relativamente simple para explicar las elecciones de los
productores y consumidores frente al mercado. Ese modelo está basado
en un conjunto de supuestos:
1) Los mercados son competitivos en forma perfecta. Los participantes
pueden entrar y salir pero ninguno de ellos tiene la capacidad
individual de fijar o controlar los precios. Sólo estas condiciones de
competencia perfecta permiten que los mercados funcionen de
manera eficiente (esto es, maximicen las ganancias de los
productores y la satisfacción de los consumidores).
2) Los individuos actúan bajo el principio del autointerés.
3) Las elecciones de los consumidores dependen de sus preferencias
y de sus ingresos (restricción presupuestal).
4) Todos los participantes tienen una información completa sobre los
precios y todos conocen perfectamente sus propias preferencias.
Es claro que podríamos cuestionar la base real de cualquiera de estos
supuestos, pero ello resultaría relativamente estéril. Puesto que
constituyen los axiomas del modelo teórico, una crítica a la economía
neoclásica debería demostrar que el propio modelo falla en la
explicación y en el análisis de la realidad económica. Obviamente, este
artículo está lejos de pretender realizar esa crítica. Nuestro objeto de
análisis no es el modelo neoclásico, sino la utilización de sus premisas
por parte de la sociología y de la ciencia política. En ese sentido, Weber
fue sin duda el primer analista que ubicó el estudio de la razón formal
—de acuerdo con fines individuales— en los campos de lo social y de lo
político. Sin embargo, el concepto de «racionalidad» en la obra de ese
autor no se gesta a partir del estudio de las teorías económicas
neoclásicas, sino en el análisis de las religiones.
En su *Sociología de la religión*, Weber afirmaba que los fenómenos de racionalización aparecen en todas las grandes teodicesas como una consecuencia de la evolución de las imágenes religiosas. Se manifiestan, por un lado, en un proceso de ruptura con el sentido trascendente de los fenómenos y con su percepción mágica; por otro, en la secularización, la escisión y la separación de las distintas esferas de la vida social en «áreas de racionalización»: cognoscitiva, artística, erótica, económica, política y ética. Esas esferas adquieren una lógica interna autónoma y pueden llegar a tener sentidos contradictorios.¹

Así, la racionalización resulta un fenómeno civilizatorio generalizado que permite la construcción de una totalidad cognoscitiva y simbólica, la concepción global del mundo y de la propia cultura. Pero además, la racionalización brinda sentidos distintos a las áreas de la vida social que antes se englobaban en una explicación monística, mágico-religiosa. Permite el nacimiento de la ciencia, de la política, de las normas o de la actividad económica como prácticas diferenciadas.

Las distintas culturas y las distintas teodicesas dan lugar al nacimiento de diversas formas de racionalidad, y gran parte de la obra de Weber consiste justamente en desentrañar las manifestaciones particulares de la razón. En particular, distingue la «racionalidad sustantiva», propia de las religiones místicas, de la racionalidad formal. La primera responde a la búsqueda de un sentido trascendente en los actos de los hombres y en el movimiento de las cosas; la segunda tiene su expresión ideal en la ética protestante y es resultado del «desencantamiento» del mundo. Ahora bien, la racionalidad formal opera, a su vez, «con arreglo a valores» o «con arreglo a fines». La primera suele plasmarse en una racionalidad legal, es decir en la adecuación de la acción social a ciertas normas instituidas. En cambio, la forma más clara de expresión de la razón con arreglo a fines es el mercado capitalista, donde los individuos persiguen la meta específica de maximización de sus ganancias.

Si bien la racionalización debe entenderse como un proceso universal, sólo en el Occidente moderno adquiere esos rasgos particulares que constituyen la preocupación fundamental de Weber: sólo ahí se consume plenamente el proceso de desencantamiento y penetra en las distintas esferas la lógica de la «razón instrumental» («racionalidad formal con arreglo a fines»), es decir la elección racional de los medios, el cálculo preciso de los instrumentos, para alcanzar ciertas metas con la máxima eficacia y la mayor eficacia posibles, maximizando de esta manera los intereses de los actores colectivos. La racionalidad formal como forma de pensamiento y de comportamiento colectivo, es el eje articulador de la concepción del mundo que se impone a través de los procesos de modernización. Su sentido expansivo no sólo la lleva a abarcar todas las áreas de la vida social, sino también todas las dimensiones geográficas, a medida que ese modo técnico-racional y legal-racional de pensamiento revela su enorme eficacia.

La racionalidad formal tiene su expresión ética en la «moral de la responsabilidad», es decir en la elección de los medios en función únicamente de su eficacia para alcanzar una meta. El ámbito en el que se realiza plenamente es la economía, mediante la lógica de la calculabilidad y la competencia del mercado. Es por ello que el estudio de la racionalidad instrumental lleva naturalmente a Weber a recuperar un conjunto de conceptos y premisas ya introducidos en su época por la economía neoclásica:

Una economía racional es una organización funcional dirigida a la fijación de precios monetarios surgidos de las luchas de intereses entre los hombres verificados en el mercado. Sólo una valoración en precios monetarios, y por tanto una lucha de mercado, hace posible el cálculo. El dinero es lo más abstracto e "impersonal" que existe en la vida humana. Cuando más se acomoda el mundo de la economía capitalista a sus propias leyes internas, tanto más difícil, toda posible relación con una ética religiosa de fraternidad. Ello ocurre tanto cuanto más racional, y por ende más impersonal, deviene el capitalismo.²

En Economía y sociedad, Weber habla con entusiasmo de la empresa privada como el espacio idóneo para la realización de la razón instrumental. El capitalista aparece en su obra como un sujeto responsable de sus cálculos, que se entrega a un quehacer económico racional respondiendo a su vocación terrenal.

La racionalización de la política en la época contemporánea corresponde a la generalización del tipo de dominación legal-racional. En el Estado moderno, la calculabilidad se realiza por medio de la transformación de los individuos en unidades jurídicas y de su subordinación a la lógica de un aparato estatal que detenta el monopolio legítimo de la violencia, que controla los medios de administración y que es el único capaz de formular y modificar la normatividad jurídica. Weber compara la acumulación de los medios de producción en manos del capital con la concentración de los medios de administración en manos del Estado. En ambos procesos, la expropiación culmina en concentración, centralización y racionalización de los medios de acuerdo con fines determinados.

La burocracia moderna es el instrumento idóneo de la racionalidad formal en la política. Su fundamento es la norma, que fija el ámbito de deberes y servicios de los que aplican la ley, la atribución de poderes necesarios para su realización y los modos coercitivos. La estructura de la burocracia es un orden impersonal construido por la institución, con sus oficinas, expedientes numerados y funcionarios que cumplen con las necesidades objetivas de su cargo. Simples instrumentos sin capacidad creativa y sin fuerza vital, los funcionarios aparecen, en

² Max Weber, Sociología de la religión, Buenos Aires, Pléyade, p. 69.
algunos párrafos de la *Sociología de la religión* o de *Economía y sociedad*, como elementos mediocres, estériles y despreciables. Pero en otros momentos de la obra de Weber, el sentimiento parece ser la admiración por la innegable eficacia de la burocracia moderna:

La precisión, la rapidez, la unicidad, la continuidad, la discreción, la uniformidad, la rigurosa subordinación, el ahorro de fricciones y de costos objetivos y personales son infinitamente mayores en una administración severamente burocrática y especialmente monocrática, servida por funcionarios especializados, que en todas las demás organizaciones de tipo colegial, honorífico o auxiliar.³

La descripción de la «racionalidad formal» más próxima a las teorías contemporáneas de la elección racional aparece en la crítica epistemológica de Weber a la Escuela Histórica (Roscher y Knies),⁴ cuando demuestra el origen lógico-formal de los conceptos económicos rechazando las explicaciones psicologistas en boga y la idea «romántico-naturalista» de la personalidad. En ese artículo, Weber insiste en la capacidad científica de entender, mediante un acto lógico-racional, el sentido de la acción individual y de buscar explicaciones causales a los actos humanos no sólo a través de una «comprensión» (Begreifen) basada en una suerte de simpatía o conocimiento monológico, sino fundamentalmente en la interpretación (Deutbarkeit). Sostiene que la teoría marginalista no es el núcleo de una «ciencia del placer» al estilo de Bentham, sino de una ciencia de las elecciones.

Para ello, desarrolla la idea de un actor individual empíricamente libre, que actúa sobre la base de «consideraciones propias», no influidas por constricciones externas o por estados emotivos incontrolables. Los actos de ese individuo se encuadran estrictamente dentro de las categorías de «fin» y de «medio», es decir, pueden ser ordenados en un esquema de acción racional. Esta forma de comportamiento individual depende de los medios disponibles para alcanzar los fines determinados por el propio individuo, pero depende también de las relaciones interiores con los «valores y los significados últimos de la vida, los cuales inciden en los fines últimos de la acción convirtiéndola en una acción teleológica racional».⁵ Podemos asimilar esos «valores y significados últimos de la vida» al sistema de preferencias aducido por las teorías marginalistas. Resulta en cambio más complejo el problema de los «medios» para la acción racional. Efectivamente, la disponibilidad de los «medios» está determinada por un conjunto de factores históricos que limitan drásticamente la libertad individual. Así, afirma Weber:

El actor empíricamente libre –es decir, el que actúa sobre la base de consideraciones propias– está teleológicamente vinculado por los medios que le son necesarios para alcanzar sus fines, y estos medios son reconocibles en cierta medida, según la situación

objetiva. De hecho, la "libertad de la voluntad" es de poca ayuda para el empresario que lucha con la competencia o para el agente de cambio que actúa en la bolsa. Ambos deben elegir entre la ruina económica y la observancia de máximas del comportamiento económico muy precisas.⁶

Al plantear el problema de los medios, Weber limita las posibilidades de acción social a las leyes históricas. Afiama la "libertad de voluntad" de los seres humanos, pero reconoce los límites objetivos de esa libertad.

Las diversas impurezas de la razón

A partir del desarrollo de la teoría de juegos, las teorías de la elección racional (TER) basadas en el individualismo metodológico parecen vivir, en las tres últimas décadas, un nuevo amanecer. Su objetivo principal ha sido buscar los microfundamentos explicativos de todo tipo de fenómenos sociales o individuales, desde las estrategias matrimoniales y los conflictos raciales hasta las elecciones políticas y el funcionamiento de la empresa, a partir de una "imputación racional-instrumental" a los individuos. Sus principales expositores –Downs, Arrow, Buchanan, Olson, Tullock...– han recuperado el modelo original de la economía neoclásica complejizando e incorporándole nuevas variables.

El punto central de discusión sigue siendo la posibilidad de establecer una función de utilidad –la llamada función USE (Utilidad Subjetiva Esperada)– capaz de condensar los distintos valores, normas y preferencias del individuo y de formular reglas de elección colectiva para explicar el comportamiento de los grupos sociales, entendidos como agregados de individuos. Las funciones establecen un punto óptimo de la elección racional en la intersección entre la recta del presupuesto, es decir la línea que indica la capacidad de decisión del individuo, y las curvas de preferencia, que condensan valores, normas, compromisos o preferencias subjetivas entre las diversas alternativas de acción. La función USE más sencilla esquematiza las alternativas de un consumidor frente a dos productos similares, dada la recta del presupuesto. El punto óptimo indica la elección racional del propio consumidor dadas sus preferencias y su capacidad adquisitiva (figura 1).

Los estudios en la materia consideran al individuo racional situado frente a series exhaustivas de estrategias alternativas que buscan acrecentar al máximo su utilidad y frente a distribuciones de probabilidades de las series de eventos y contingencias (control de la incertidumbre). Herbert A. Simon dice:

El modelo USE, "supone que quien toma decisiones observa, en una visión comprensiva, todo lo que yace ante él. Comprende la gama de elecciones alternativas a su disposición, no sólo en el

⁶ Ibid., p.159.
presente sino también en el panorama total de futuro. Conoce las consecuencias de cada una de las estrategias de elección disponible, por lo menos hasta el punto de ser capaz de asignar una distribución de probabilidad conjunta a futuros estados del mundo. Ha reconocido o equilibrado todos sus antagónicos valores parciales y los ha sintetizado en una sola función de utilidad que dispone, por su preferencia a ellos, todos estos estados futuros del mundo."\(^7\)

\[\text{Figura 1}\]

Un aspecto sorprendente de las TER en los últimos años, sin embargo, es que sus expositores no parecen tener fe en esa razón pura. La mayoría de los estudios establecen así distintas variantes a los supuestos originales o proponen utilizar el modelo de racionalidad «pura» para el estudio de un número muy limitado de situaciones sociales.\(^8\)

Resulta así curioso un comentario de Amartya Sen, según el cual, Edgeworth, uno de los padres de la escuela marginalista, estaba consciente de que su primer principio de la economía («Cada agente está movido sólo por su propio interés») no era particularmente realista. Sen afirma entonces: «Esto nos plantea el interesante enigma de la razón de que Edgeworth dedicara tanto tiempo y talento a desarrollar una línea de investigación cuyo primer principio consideraba falso.»\(^9\)

Pues bien, extraño comentario para quien, como Sen, lleva 30 años dedicado al desarrollo de las TER, de las teorías de elección social y de bienestar social, y ha mantenido sin embargo una posición particularmente crítica respecto de los supuestos de racionalidad


\(^8\) *Idem.*

implicitos en la mayor parte de esos modelos. Sen no sólo duda de que el comportamiento maximizador de las ganancias sea lo más común en los individuos, considera además totalmente irreal la capacidad que éstos tienen de ordenar total o parcialmente sus preferencias y de manifestar consistencia en sus elecciones. En cuanto al tipo ideal de elección racionnal descrito por las TER, Sen lo considera propio de un verdadero «retraso mental desde el punto de vista social».\(^{10}\)

Ante la evidente carencia de realismo del modelo puro de acción racionnal, han surgido todo un conjunto de variantes de las TER. En particular, nos interesa rescatar los conceptos de «racionalidad limitada» (Simon) y «racionalidad imperfecta» (Elster).

Con la idea de «racionalidad limitada», Simon propone eliminar el principio de maximización u optimización en el empleo de los medios, y contentarse con la simple satisfacción del individuo ante la alternativa escogida. Es decir, la decisión tomada por el actor racionnal difícilmente será la mejor pues el proceso de elección sufre una gran cantidad de «impurezas»: por ejemplo, la mayor parte de las decisiones dependen del orden en que se presentan las distintas alternativas, el individuo no dispone de toda la información necesaria para saber qué le conviene más, los actores pueden ocultar sus preferencias, o pueden ser indecisos, etcétera.

En el modelo conductual de la racionalidad limitada no se tienen que hacer elecciones que sean infinitamente profundas en el tiempo, que abarquen la serie total de valores humanos, y en las que cada problema se interrelacione con todos los del mundo.\(^{11}\)

La racionalidad limitada es un modelo obviamente mucho más realista que el de racionalidad pura, sin embargo elimina la capacidad predictiva de la teoría, pues introduce una enorme cantidad de variables incalculables. Así, ese autor construye un modelo de racionalidad «procesal», opuesta a lo que él llama la «racionalidad sustantiva» de las TER, que no depende tanto del resultado (el mejor de todos), sino de los procedimientos (la elección de los medios) que utilizó el actor para tomar su decisión.\(^{12}\)

El propio Simon propone también introducir el concepto de «racionalidad intuitiva», relacionada con la experiencia y la capacidad creativa de los seres humanos y casi siempre asociada con la emotión. Con esto, despoja a la «razón instrumental» de su carácter fundamentalmente despersonalizado:

La mayoría de los seres humanos somos capaces de atender a las cuestiones durante más tiempo, reflexionar sobre ellas más intensamente y recibir impresiones más profundas y duraderas si la información se presenta dentro de un contexto emotivo —una

\(^{10}\) Idem.

\(^{11}\) Simon, ...op. cit., p.27.

\(^{12}\) H. Simon, «De la racionalidad sustantiva a la procesal», en Filosofía y teoría económica, ...op. cit.
especie de cálido atavío—que si lo hace con una falta total de afecto.\textsuperscript{13}

Cabe señalar que al considerar el elemento emocional, Simon de alguna manera redefine el término mismo de «racional», que indica generalmente la ausencia de emociones y de pasiones en los actos humanos, la carencia de sensibilidad y temperamento en los procedimientos de decisión.

Por su parte, Elster también cuestiona la capacidad predictiva y determinativa de las TER, y critica el modelo de «racionalidad paramétrica», fundado en la creencia ingenua acerca de un medio constante. Ese autor propone una variante de comportamiento racional, la «racionalidad imperfecta»,\textsuperscript{14} que responde mejor a las condiciones cambiantes del entorno en el que toman decisiones los actores sociales. Esta forma de racionalidad se encuentra ejemplificada en el comportamiento de Ulises, quien, temiendo sucumbir ante el canto seductor de las sirenas, pide que lo amarren al mástil del barco anticipándose así a un posible comportamiento irracional. El Ulises descrito por Elster es un ser consciente de su debilidad, pero capaz de tomar decisiones sobre la base de sus expectativas a futuro. Su condición humana se expresa en su flaqueza de voluntad; su carácter racional en la decisión deliberada de realizar un compromiso que le permita superar su debilidad depositando su propio futuro en una estructura externa.

La racionalidad imperfecta se refleja también en el argumento de Pascal sobre la fe religiosa. La apuesta pascaliana, según el propio Elster, anticiparía, cuatro siglos antes del desarrollo de las teorías marginalistas, las características del comportamiento racional frente a la incertidumbre. La decisión, en tal situación, depende de las probabilidades de que ocurran distintas contingencias y de la utilidad esperada en cada una de ellas:

Puesto que hay una cierta probabilidad positiva de que Dios exista y dado que quien cree en la existencia de Dios recibe una ganancia infinita si resulta que tiene razón, mientras que sólo tiene en juego una cantidad finita, el principio de la maximización de la utilidad esperada requiere que creamos.\textsuperscript{15}

La racionalidad imperfecta se refleja también en el argumento de Pascal sobre la fe religiosa

El mismo autor duda también de otro de los supuestos de las TER: las preferencias estables a través del tiempo y definidas en el momento de la elección. Para Elster, las preferencias no sólo tienden a modificarse, sino que son sujetas a diversas formas de influencia como la coerción, la seducción y la persuasión. En este sentido, el ambiente de la elección resulta ser una variable fundamental pero se sustrae de manera

\textsuperscript{13} Simon, Naturaleza y límites, ...op. cit., p. 47.
\textsuperscript{14} Jon Elster, Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad, México, FCE, 1984.
\textsuperscript{15} Ibid., p. 84.
sistemática a la calculabilidad y al análisis científico. Elster tiene un argumento muy similar al de Weber, acerca de la libertad individual frente a las condiciones impuestas por el entorno (actores sociales y estructuras):

Cualquier ejemplo dado de conducta humana puede ser presentado como el producto final de dos recursos sucesivos de filtración. El primero se define por el conjunto de limitaciones estructurales que reduce el juego de los cursos de acción posibles en abstracto, al subconjunto mucho más pequeño de acciones factibles. Se supone que las limitaciones son dadas y no están dentro del control de los agentes [...] El segundo proceso filtrador es el mecanismo que elige cuál miembro del conjunto factible se realizará. Las teorías de elección racional afirman que este mecanismo es la elección deliberada e intencional con el propósito de maximizar alguna función objetiva, ya sea real (como una ganancia) o puramente teórica (como la función de la utilidad que representa las preferencias). 

A pesar de todos los problemas que presentan las TER —algunos aquí señalados— Elster sigue considerándolas como el mejor modelo disponible para explicar la realidad social. Sin embargo, su postura parece inquietantemente un acto de fe pascualiano para salvarse de los demonios del caos y del estructuralismo.

Finalmente, tanto Simon como Elster consideran los modelos de Elección Racional como instrumentos teóricos que permiten explicar un número limitado de situaciones sociales. Para el análisis de otros fenómenos sociales, parecen sugerir la construcción de modelos ad hoc, que tengan en cuenta las situaciones de incertidumbre, de información incompleta, de valores múltiples, metas incompatibles, preferencias ocultas, medios cambiantes, intervención de instituciones y normas que rigen el mercado.

Las mónadas leibnitzianas y un pistolero a sueldo

Las variantes al concepto de racionalidad cuestionan los supuestos del modelo puro, sin embargo dejan intacta la unidad de análisis: el individuo. Éste puede estar limitado por los medios disponibles para la acción, por algunas leyes históricas o por las imperfecciones de su propia razón, pero sigue siendo el actor estelar de nuestra película. En otras palabras, si bien los diversos autores ponen en tela de juicio todas las premisas de la investigación, ninguno duda del individualismo metodológico, que podemos entonces considerar como la substancia misma de las TER. Se desvanece las realidades macrosociales que fueron el objeto de estudio del estructuralismo, del marxismo, o del estructural-funcionalismo, se esfuman las comunidades y las solidaridades mecánicas estudiadas por los antropólogos y aparecen en escena átomos individuales relacionados por redes de interacción, por juegos y relaciones de fuerza. La conformación de las identidades

18 Ibid., p. 191.
sociales (clásicas, raciales, de género, etc.) y la acción colectiva se construyen sobre agregados de individuos. Por eso, el mercado es la metáfora preferida para los modelos de elección social en los contextos más diversos. Así, el individuo es concebido como una suerte de *homo economicus* que busca ante todo maximizar su bienestar, concentrado únicamente en su situación personal.

El entusiasmo individualista parece capaz de resucitar todos los optimismos liberales, por lo que resulta difícil no asociar la importancia atribuida por las ciencias sociales a las TER, con la ola neoliberal de las últimas décadas. El propio Simon lo advierte así:

> Actualmente en todas partes del planeta, existe la ilusión libertaria de que los individuos son cierta clase de ménadas leibnitzianas (cierta clase de esferas poco sólidas), cada una con una función de utilidad firmemente independiente e interactuando con sus congéneres sólo a través del conocimiento que tiene de los precios del mercado.\(^{17}\)

Si bien los autores contemporáneos de las TER dudan seriamente de las características imputadas generalmente por la economía neoclásica al individuo, reconocen que éste puede ser egoísta y maximizador en un número muy limitado de situaciones pero generalmente es movido también por el compromiso o por la simpatía, y añaden además que la moral ejerce una fuerte influencia sobre las preferencias y sobre la revelación de las mismas, ninguno de esos teóricos de la racionalidad llega a poner en cuestión el carácter individualista del modelo. El individuo sigue decidiendo por él mismo sus fines en función de sus preferencias y eligiendo los medios de su acción. Algunos autores proponen construir «Metaordenamientos morales» para expresar las preferencias que habríamos preferido tener\(^{18}\) y llevan así a los sujetos a un punto de elección intermedia entre el gusto estrictamente individual, el compromiso y los valores morales. Cabe señalar que las propias teorías USE, desarrolladas a principios de este siglo, tenían en cuenta los valores morales a la hora de construir las curvas de preferencia para la función de utilidad. Otros autores (como Simon) insisten en el altruismo como una conducta natural y adaptativa del ser humano. Sin embargo, el propio altruismo es insertado también con relativa facilidad a la función de utilidad (figuras 2 y 3).

Finalmente, las TER coinciden en dejar fuera de la discusión los fines de la acción. Es decir, la racionalidad es estrictamente instrumental, o en palabras de Herbert A. Simon, es «un pistolero a sueldo». Independientemente de los fines y de los valores que persiga, que pueden ser diversos y contradictorios, su capacidad racional se expresa únicamente en la efectividad de los instrumentos escogidos.

De alguna manera, ésta fue también la conclusión de Weber y probablemente la obsesión manifiesta en gran parte de su obra. Sin embargo, la relación entre los fines y los medios de la acción es un tema particularmente complejo en la obra de Weber. En efecto, la elección social oscila entre la moral de la responsabilidad y la de la

---

17 H. Simon, *Naturaleza y límites de la razón humana*, ...op. cit., p. 97.
18 Amartya Sen, «Los tontos racionales...», op. cit.
convicción, de tal manera que los seres humanos suelen elegir medios que, sin ser los más efectivos, se adecuan a sus creencias y a sus valores. Existe además una suerte de conflicto entre la instrumentalización y el carisma (o la fuerza vital), que parece responder a una falta de armonía entre el pistolero a sueldo y su jefe. En todo caso, Weber veía con verdadera angustia el indelible avance de la razón instrumental, que no era sino la predominancia de los medios sobre los fines de la acción. Al observar el desencanto de la sociedad occidental y el consecuente desvanecimiento del sentido, el sociólogo alemán buscó alternativas vitales en el jefe político carismático, pasional, entregado a una causa. Su exaltación de la vocación y del político carismático sugiere que sólo logró encontrar una salida a la «jaula de hierro»: la irracionalidad contenida en la pasión y la voluntad.

**Figura 2**
Curvas de indiferencia de un hombre altruista y caritativo, entre dinero donado a la caridad ($X$) y dinero usado para gastar en su propio provecho ($Y$)

**Figura 3**
Curvas de indiferencia de un individuo egoísta entre dinero gastado en caridad ($X$) y dinero gastado en provecho propio ($Y$)
Resulta interesante observar que para autores como Arthur Mitzman, y los de la llamada «Escuela de Frankfurt», el eje «instrumentalización versus carisma» desemboca en un callejón sin salida, se encierra irremediablemente en una racionalización inexorable que provoca la muerte del ente y de los estímulos:

Lógicamente, dentro del concepto weberiano del mundo, cuyo leitmotiv es el ascenso hacia el dominio del mundo del espíritu capitalista, cuyo catalizador es la ética calvinista y cuyo triste resultado es la "jaula de hierro" de la racionalización total, no hay lugar para el carisma. Efectivamente, de todas las religiones que trata Weber, el calvinismo, cuya afinidad con el capitalismo y la racionalización es la tesis weberiana más conocida, está entre las menos dotadas de inspiración carismática. ¹⁹

La victoria del «pistolero a sueldo» parece el fantasma de la teoría weberiana. Partiendo de una crítica metodológica a cualquier principio monístico de interpretación de la historia, Weber termina por ver el mismo un camino fatal del desarrollo del Estado moderno dirigido hacia la despersonalización de todos los campos de la actividad humana. A pesar de que sus escritos oscilan entre la admiración y el miedo a la organización burocrática, todos sus esfuerzos van dirigidos hacia la creación de contratendencias que permitan la supervivencia de las fuerzas emotivas y vitales de los hombres. ²⁰

El concepto de racionalidad como simple adecuación de los medios a fines predeterminados implica una serie de supuestos no discutidos por Weber ni por los teóricos de la elección racional. Implica, por ejemplo, que la razón calculadora objetivada en la maquinaria no crea los fines, sino que éstos nacen y se implantan antes del acto racional. Marcuse, Adorno, Horkheimer y Habermas señalan en cambio que el propio medio, la maquinaria industrial o la administración política, lejos de ser un mero instrumento de la acción, está permeado por el fin; constituye en sí mismo dominación burguesa y explotación capitalista. Así, en nombre de la eficacia y del progreso, lo que se impone es una determinada forma de poder: «Los fines e intereses de la dominación no vienen a añadirse a la técnica después y desde afuera, sino que están ya implicados en la construcción del aparato técnico.» ²¹

La razón técnica tiene un contenido ideológico en sí, corresponde a un proyecto humano específico, y el progreso, lejos de ser una simple línea ascendente, contiene una orientación que refleja los intereses de ciertos grupos sociales.

Retomemos el ejemplo de Simon, que lleva al extremo la teoría del «pistolero a sueldo», al afirmar que si diéramos por ciertas las premisas de la teoría de Hitler, entonces gran parte del programa nazi sería efectivamente racional y compatible con las metas de seguridad para la nación alemana o incluso de bienestar para los alemanes. Es decir, la racionalidad no era lo que estaba a discusión: «Nuestro escudo

¹⁹ Mitzman, La jaula de hierro, Madrid, Alianza Editorial, p. 172.
²⁰ Vease María Dolores París, «Weber: racionalidad y política», ... op. cit.
²¹ Habermas, Ciencia y técnica como ideología, Madrid, Tecnos, p. 48.
principal lo formaban las creencias y los valores verdaderos que se oponían a él.”

¿Debemos suponer que los campos de concentración y de exterminio eran los medios más eficaces para reconstruir el nacionalismo alemán? ¿Debemos considerar que los experimentos sobre cuerpos humanos eran la manera más eficiente para alcanzar avances en las ciencias? ¿Esos instrumentos no contenían en sí mismos la ideología hitleriana?

Conclusiones

Las TER parten de un conjunto de premisas explícitas y de diversos supuestos. Entre los primeros, está la conducta maximizadora y la intencionalidad de las acciones humanas. Ambas premisas han sido discutidas y cuestionadas por los propios autores de los modelos de decisión racional. El cuestionamiento de esos principios ha llevado a la elaboración de modelos cada vez más complejos que introducen una gran cantidad de variables como la incertidumbre, las modificaciones del entorno o el altruismo de los actores. Dichos modelos han ganado en capacidad heurística en los diversos campos de las ciencias sociales. Han perdido, en cambio, su capacidad prospectiva debido al reconocimiento de la incalculabilidad de ciertas variables.

Por otro lado, la neutralidad de los medios de la acción social constituye la característica propiamente instrumental de la razón. Éste es un supuesto implícito, poco analizado por los autores, que sin embargo se sitúa en un punto crítico en cuanto a la validez misma de los modelos.

Finalmente, el llamado individualismo metodológico es un supuesto explícito pero incuestionado. En efecto, el reconocimiento de un comportamiento altruista, comprometido, moral y hasta solidario, puede dejar intacta la noción «átómica» imputada a la sociedad. De alguna manera, así como los estructuralistas profesaron un acto de fe hacia las fuerzas impersonales que determinaban nuestro comportamiento, los decisionistas parecen partir de una sincera confianza en la libertad natural de los individuos, en la ahistoricidad de la razón y de las decisiones humanas.

Bibliografía


22 H. Simon, Naturaleza y límites de la razón humana, ...op. cit., p. 20.


Sen, Amartya, «Los tontos racionales: una crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica», en Frank Hahn y Martín Hollis (comp.), *Filosofía y teoría económica*, México, FCE.


———, «De la racionalidad sustantiva a la procesal», en *Filosofía y teoría económica*.

